

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el extranjero: Tres meses, 1'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras, de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lobell, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George R. Pike, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

¡EL PÍCARO GORDO...!

A los niños de tres ó cuatro años, y cuando buscamos en ellos una sonrisa, les decimos aquello tan antiguo de... éste compró un huevo, éste le guiso, éste le puso sal, éste lo partió y éste picarlo gordo... se lo comió... Esta gracia, siempre resuta, siempre es un éxito; ellos tienden sus manitas de nuevo y nosotros, con el niño en las rodillas, cogemos su dedo meñique que parece de rosa y pedales de rosa, y pacientemente empezamos otra vez... Este compró un huevo... y así hasta terminar con aquellos de... este picarlo gordo se lo comió...

Quando he leído en El Eco de Cartagena los artículos "¿Vamos á trabajar?", "Trabajemos" y "En marcha" escritos por tres queridísimos amigos, he recordado el ligero cuento infantil... Este compró un huevo... lo guiso, éste le puso sal... y he sentido el deseo de contarles quien es el autor de "El picarlo gordo" que se tragará vuestras ideas, vuestras insinuaciones, vuestras energías, vuestras aptitudes y vuestros altruismos.

Este picarlo gordo... es un monstruo espantoso, un monstruo de tres cabezas, como los que campan en los cárteles del cine de los romances de nuestros. Su cuerpo, es escamoso y ondulado; sus garras, son hilos invisibles y pegajosos, largos y tenues como tela de araña. Hijos que nos oprimen, que nos envuelven, que nos ahogan, sin ofrecer la resistencia del obstáculo que se vence, sin la rudeza del arma que mata, ni la inflexible que nos aturde, que nos amolesta, que nos deprime, débil, muy débilmente, si queréis; pero con la constancia de la gota de agua que horada la roca, con la misma constancia que la sombra negra de la Intubación nos espera sentada al fin del camino de nuestra vida.

El monstruo tiene tres cabezas. Tres cepillos formidables de donde parten las ideas que animan sus garras pegajosas. El monstruo os espera, el monstruo os vigila, con sus seis ojos: los dos amarillos de la envidia, los dos blancos inescrupulosos de la pereza, y los rojos sangrientos del ridículo; y cuando vosotros, obedeciendo á la supre-

ma voz de la conciencia, empezáis á laborar con el pensamiento en alto y la vista lejos, soñando con el placer divino de hacer el bien por el gusto de hacerlo, el monstruo, el picarlo gordo que se lo comió todo, cerrará vuestro paso con su tela. De sus ojos amarillos, nacerá la calumnia; de sus ojos blancos, nacerá la apatía, la pereza de la vida oficial; y los ojos sangrientos del ridículo, harán llegar hasta vosotros, el chiste, el chiste, el chiste que será, una gota de amargura, partida en goteos, en vuestras almas honradas.

Suponed, queridísimos amigos, que de vosotros nació la idea de no discutir—con ser vuestra, es buena. No penséis que van á surgir á vuestra toca enemigos formidables, obstáculos invencibles... No, y cien veces no sería una torpeza oponer una fuerza á vuestra fuerza... Todo será facilidad, amigos.

No llegaréis á un centio, ni asombréis á las puertas de la vida oficial, una sola vez, que no encontréis apoyo, presamientos que completan el nuestro, apretones de mano, discursos, todo lo externo, acabado, corpóreo y afectuoso; pero... acordados de mí, la tela, la odiosa tela de los hilos pegajosos, la va tejiendo el monstruo, calladamente y sus hilos van minando vuestra actividad, y oscureciendo la luz que os guía, sin que vos os dades cuenta de ello, cuando os apasiona el alma, en esas horas...

No es mi ánimo, compañeros en ideas, deciros con esto que abandonéis la lucha; es deciros, que para salir á luchar, no debéis salir con vuestra honradez y vuestro altruismo como únicas armas. Es deciros que vuestro esodo no es fuerte, aunque ostentéis el bien como leña. Es deciros, que es preciso salir con el látigo de la sinceridad, el único capaz de amendar al monstruo; fustigar á los dormidos egoístas, y á laticiosos, desmasajados, tontos, y romper los anillos de los hombres serios, paladines de la majadería soberana. Salid; pero salid, así, con esos arrestos, y si no los tenéis, con-

tentaros con soñar; seguid soñando, porque vuestra vida, será una más, una de tantas, que veremos alumbrada por la brillante luz del ridículo.

Esta noche cuando vais á vuestros hijos pequeños, acordaros de mí, contadles aquello, —yo os aseguro que es de éxito brillante.—Este compró un huevo y este lo guiso... y este picarlo gordo se lo comió; y vereis como se rie el niño, porque siempre, hasta en los niños, produce un gozo inefable eso de que un picarlo gordo, se comió las ideas nobles, las ideas, desinfectadas... Así es la humanidad.

¡IMPOSIBLE!

Podrán negarme tus hermosos ojos
La luz que mi existencia ilumina,
Y negarme tus labios su sonrisa
Y el acento armonioso de tu voz.
De tu voz, que cual música del cielo,
Endulzaba mis horas de dolor.
Podrás borrar, allá en tu pensamiento,
La imagen que recuerda esta pasión,
Y borrar las huellas que en tu pecho,
Al gemir por él, dejó mi amor.
Mas, como el mar, los rastros de su furia,
Borrar cuánto ha existido entre los dos?
Imposible! No trates de engañarte
Ni engañarme con chicala ficción.
Qué, de aquellas promesas tan sagradas;
De aquello que ha existido entre los dos,
Queda, en tu alma, el recordamiento,
Y en mis labios, un grito de dolor.

DE SOCIEDAD

Se encuentra enferma, aunque afortunadamente no de gravedad, distinguida señora de nuestro respetable amigo D. Nicolás Berzosa.
Celebraremos que la curación, obsequio en breve una completa mejoría.
También se halla en dicho tren con dirección á la corte, nuestro no menos querido amigo el ilustrado letrado don Juan José...

HUNDIMIENTO

Madrid 11-9 m.
Se ha recibido un telegrama de Córdoba, dando cuenta de un degra- ciado suceso.
En la calle de Albornoz, se hundió una casa.
Había en ella, la familia de Manuel Castro, compuesta de esposa y cinco hijos.
Se desplomaron dos pisos, produciéndose pánico inmenso en el vecindario.
Organizados los trabajos de salvamento, fueron extraídos de entre los escombros, un niño de dos meses muerto y otro de alguna más edad, herido gravemente.

AL MARGEN DE LA VIDA

Si hay en el mundo un escritor más inconspicuo que D. Anauzio en la explotación del reclamo, ese escritor es Edmundo Rostand. Edmundo Rostand, tiene de su gloria el mismo concepto que un productor de sustancias alimenticias tendría de su marca de fábrica. No se limita á explotarla con una habilidad que hace honor á un espíritu mercantil; quiere convertirla en una propiedad transmisible por herencia, de la que indefinidamente gocen sus hijos sucesores. La propiedad de una obra literaria parece, hasta ahora, natural que se heredase; la propiedad del genio productor de obras literarias, no. Pues Rostand ha venido á cambiar toda nuestra ideología en la materia; por una especie de radio-actividad poética, hace ya algunos años, logró escapar en el espíritu de su esposa un entusiasmo lírico que se condensó en algunos poemas inofensivos. Ahora es uno de sus hijos, Mauricio, casi un ciego, el que usufructúa las columnas de los diarios de París. Mauricio y su mamá han escrito una pequeña comedia, una comedia, una comedia de tres actos, dice ambos modestamente. Pero los periódicos no les dejan—ó mejor dicho, no los dejan—reposar un instante. Madame Rostand explica la génesis de la obra, en entrevistas que huelen á especias de tocador. El niño, Edmundo Rostand, admira el talento de ambos colaboradores, de elogios de Mauricio, y de su mamá que están muy agradecidos á la crítica, de la gentileza del tallo de Mauricio, y de las plumas del sombrero de la mamá de Mauricio.

Yo amo los salones—dice como una muchacha recién puesta de largo—gusto de ellos, casi tanto como de los bosques, de las praderas y de los ríos. Amo á París donde se encuentran poetas, juguetes y poetas orgulosos. París en invierno parece tener más fiebre. Son los teatros, son las calles más tumultuosas, más estrofas, más misteriosas con la niebla, cuando empiezan á encenderse las luces, como grandes guirnaldas luminosas. Entonces, se entra en el salón caliente donde hay té y libros...
Luego, para completar esas impresiones que solo algún descontento lachará de ridículas y de triviales, exponer: Quiero admirar, quiero comprender. Cada mujer me avoca un paisaje, cada mirada un cielo...
En fin, lleno de autoconciencia, declara que Nietzsche tenía genio; que D'Annunzio personalmente le divierte; que su obra le encanta; que Bataille y Henri Bataille son seres asombrosos; que los poetas Shelley y Keats son algo así como hermanos suyos, por su sensibilidad aristocrática...
En el fondo de todo esto, que aun fuertemente irritable, calificaría de estúpido, hay una enseñanza que me cae á flote; la necesidad, en que este país democrático se encuentra, de crear aristocracias hereditarias. Ella es más fuerte que las leyes, que las proce-

en nuestros días, en el mismo sitio en que aquel santo varón vivió luengos años después de su destierro de la corte del rey de Francia, su pariente.
En la madrugada de aquel día notábase gran movimiento entre la servidumbre de la casa que Nicolás Garre poseía en su heredad de San Juan hermoso y extenso edificio cuya arquitectura trae reminiscencia, de la dominación goda, y que fué en siglos anteriores monasterio de frailes campuchinos.
Antes de despuntar el día salió de aquella casa un elegante literato acompañado por dos copulantes mulas, en la cual iba Zava acompañada de una dueña catatonica.
El prendido y el traje de la joven, eran sencillos y severos, pero cada así resalta en ellos un gusto elegante y selecto.
La litera atravesó los cerros, valles y barrancos que forman las estivaciones de Sierra Gorda y al llegar á una antigua venta que en aquel tiempo se levantaba frente al lugar de los Alumbres, y en cuyo muro se ostentaban dos escudos de piedra pertenecientes al duque de Blandona, y al marqués de Velez, que compartía el señorio de aquel lugar y de su mina, salió de aquel edificio y se usó á don Nicolás, que al día siguiente acompa-

ma bella forma en que fué construido y alhajado, al bien la jacura del siglo en la conservación de esta clase de monumentos, ha borrado muchos de tales artísticos de nobleza.
Creemos que no disgustará á nuestros amables lectores, sobre todo si son cartageneros, y por consiguiente amantes de los recuerdos gloriosos que ha dejado la historia, y la tradición de una de las poblaciones más antiguas y más importante de España; no debe disgustarle, repetimos el conocer la descripción del notable monumento de que nos ocupamos, que ha visitado nuestros antepasados con la piedad y la alegría que aún nosotros sentimos en nuestra tierna juventud. Tal descripción es la de contemporáneo de los sucesos de esta historia. Nos referimos al sabio historiador murciano y francisco de Cascales, que en aquel tiempo habitaba en Cartagena subvencionado por el Concejo de la ciudad para enseñar humanidades á sus hijos.
He aquí la descripción:
La fachada de la casa es humilde y en cierto modo bronce; promete poco y da mucho, que si las paredes son (aunque largas y fuertes) poco labradas, luego en entrando por la puerta, plasmamos un patio bien cuadrado; con muchos y espesos zarzajos enanos, dispuestos á cuarteles, que

desvanecidas las calumnias que dieron lugar á su destierro, le llamó á su lado, y después de recorrer un largo camino de virtudes murió á una edad muy avanzada, en el monasterio de Corveya.
Medio siglo después, unos monjes franceses edificaron un convento en el mismo sitio, en el Santo Olivo; habiéndose pasado tantos años dedicado á una vida ascética y contemplativa, y en una capilla que habraron y que aún existe hoy; depositaron los restos del Santo y le consagraron culto que la Iglesia dedica á sus varones santos.
Transcurrieron los siglos y la donación musulmana tan estuñada por su intranquilidad en materias de fe, respetó los restos de San Ginés, hasta la reconquista del Reino de Murcia en tiempos del rey Sabio, y los nuevos señores restauraron el religioso convento y establecieron en él una comunidad de frailes agustinos.
Después, en los últimos años del siglo VI, la piedad de un poderoso señor, el inclita D. Juan Chacón colazado á la ilustre familia de los marqueses de los Velez, siendo adelantado del reino de Murcia reedificó el convento de una manera suntuosa y á poco el meritorio D. Fray Diego de Arce, obispo de Cabano, fundó un hermoso templo que aún aparece á nuestras miradas en la se-